

Anda Rottenberg

En el mundo contemporáneo no hay mucho espacio para la intimidad. La vida privada de las personas se ve constantemente invadida por distintos medios que auscultan su privacidad, incluyendo comportamientos y preferencias sexuales; invaden sus hábitos más secretos y registran sus emociones.

Mientras tanto, sentados cómodamente en un sofá bebiendo whisky, podemos presenciar todo tipo de perversiones sexuales, observar un parto en detalle o ver el proceso de un moribundo hasta su último suspiro. Todo ello está a nuestro alcance simplemente oprimiendo los botones del control remoto. El lado oculto de la existencia humana parece atraer nuestra atención y curiosidad más que cualquier acto voyeurista, puesto que estos últimos se hicieron demasiado obvios desde que empezamos a ver cuerpos desnudos por todos lados – desde el periódico ordinario, los anuncios o las lustrosas revistas.

Uno podría afirmar que en este campo ya no existen los tabúes. Especialmente en el arte. Hay, sin embargo, una notable diferencia entre el mensaje bidimensional producido por algún medio considerado como “artificial” y la carnosa realidad tridimensional identificada con el mensaje “en vivo”. La transmisión “en vivo”, cuando es efectuada desde un sitio verdadero y muestra una actividad real, aunque traiga una gran cantidad de espectadores, todavía no es fácil de aceptar. La frontera de los valores tabú está marcada por la rigurosa división entre la ficción y la realidad. Existe un permanente rechazo público a la revelación de los aspectos de la vida social que generalmente permanecen ocultos tras puertas cerradas – trátase del proceso de matanza de animales, del aseo del cuerpo en baños públicos o de exponer cualquier clase de discapacidad o enfermedad humana. A pesar de que existen miles de personas ávidas de observar la ejecución de una sentencia de muerte impuesta por las autoridades penales de Estados Unidos, las nociones estéticas, por más flexible que sean hoy en día, todavía están cerradas ante cuerpos incompletos, explotados o ancianos, así como los brutales procedimientos de matanza.

Existe otra preocupación compartida, o – mejor dicho – una superstición en torno a la identidad de género. Las diferencias más marcadas entre lo masculino y lo femenino se detectan a partir de una breve mirada al cuerpo desnudo. Las llamadas características sexuales secundarias y terciarias (como el busto, la barba, el pene y la vagina) delatan inmediatamente el sexo de una persona. Por lo tanto, es muy sencillo ponerse características sexuales artificiales para ingresar a esa parte del mundo que solía ser inaccesible al sexo opuesto y examinarla. De tal suerte que aun el cuerpo desnudo puede servir de disfraz, de la misma manera que en el pasado funcionaban las máscaras y distintos

vestuarios. Katarzyna Kozyra lo comprobó al entrar libremente a un baño público de hombres en Budapest. Transformó su cuerpo femenino en uno masculino aplicando vello adicional a su pecho y un pene artificial de tamaño promedio.

El procedimiento de representar al sexo opuesto (así como en general a cualquier otra persona) ni es algo nuevo ni es extraordinario. La humanidad lo viene haciendo desde que existe la civilización. Casi todas las prácticas chamanísticas incluían actos de “encarnación” con el propósito de personificar fetiches – animales, dioses, espíritus o diferentes “animas”. Ello significaba convertirse en los seres personificados durante el periodo de la representación. Lo que estaba prohibido – y era imposible – en el curso de la vida cotidiana, era factible durante ceremonias especiales. Aquí en México, todo el mundo conoce la terrible historia de la hija de Coxcox, el jefe culhuacano, quien fue entregada a los aztecas para ser convertida en diosa. Posteriormente fue presentada a su padre como el personaje de la diosa por un danzante que vestía la piel real de la jovencita desollada durante el proceso de sacrificio. Los culhuacanos no entendieron el papel del sacrificio en el proceso de transformación de humanos a dioses que practicaba la cultura azteca. El evento terminó con la masacre de los aztecas a manos de la furiosa tribu coxcox. Durante el proceso de evangelización de México, las tropas de Cortés perpetraron masacres de mayor magnitud. Se ha derramado mucha sangre en el curso de la historia humana en nombre de Dios y podemos esperar que siga escurriendo hasta el futuro.

En todo esto hay muchos “si acaso” y “porqués”. Por ejemplo, podría no haber habido un conflicto entre los aztecas y los culhuacanos si el proceso de transfiguración a diosa les hubiera sido explicado claramente a éstos últimos antes de la acción. Podría no haber habido guerras religiosas si hubiera existido respeto a las creencias de otros en el mundo. Aquí entramos al ámbito de las utopías puesto que detrás de las creencias se esconden muchos pecados humanos.

Como dijo Ery Camara alguna vez, el deseo del poder es primordial en este aspecto. Y el amor por el oro, que se da en forma paralela al poder, o por lo menos lo apoya, también. La arrogancia. El prejuicio. La intolerancia. La curiosidad. Y la eterna tentación de cruzar la línea prohibida, de probar el fruto prohibido, de tocar el tabú.

Ciertamente no somos dioses. Sin embargo, lo que están haciendo los artistas al dejarse guiar por su propia curiosidad en torno a los tabúes comunes debe ponerse entre comillas en función de la realidad. *Ars longa vita brevis*. Esta frase en latín es cruel, pero refleja una verdad sobre la que no es necesario ahondar en este público.

Permítanme mostrarles dos ejemplos de tarjetas navideñas que recibí hace unas semanas. Nadie puede impedir que los artistas reaccionen ante la realidad actual. Pero no son responsables de ella. Como sabemos, ellos son testigos y no dañan a la sociedad. ¿Entonces por qué sirven como blanco de los actos de intolerancia e incluso de un verdadero odio por parte de sus propias sociedades, incluyendo todo tipo de burócratas y funcionarios? ¿Acaso no será porque revelan la sorprendente vacuidad de las costumbres, los hábitos y creencias que alguna vez estuvieron llenos de valores y nociones que se han transformado en reglas superficiales del comportamiento común, hipostasis de virtudes

y creencias arrancadas de su substancia religiosa original? Y finalmente, ponen al descubierto la hipocresía social. Hay algunos ámbitos y supersticiones como si fueran animales salvajes en un zoológico, o seres humanos encerrados en reservaciones situadas junto a las áreas que alguna vez fueron de su propiedad. Nadie se opone a la producción *kitsch* tribal y/o religiosa para el mercado turístico. Las figuras baratas hechas en yeso de Cristo sangrante, los rostros brillantes de Vírgenes en las mandorlas de flores de plástico (a veces de gran belleza), los cuadros mal pintados del Papa dando la bendición, así como una larga galería de santos feos, son aceptados en el mundo cristiano siempre y cuando no se nos ocurra meterlo a la galería de un museo o al mundo musulmán. Lo que fácilmente podría servir de entretenimiento público (como una figura bidimensional tamaño natural del Papa instalada en la Plaza de San Marcos, en Venecia para fotografiarse junto a él). Es impensable que sea vista en el campo del arte sin ser impugnado por atentar contra los diez mandamientos. Recordemos el escándalo que armó Rudi Giuliani en contra de Chris Offili y el casi inquisitorial juicio entorno a la pieza del Papa de Maurizio Cattelan en Polonia. La exposición *Trans Sexual Express* de Rosa Martínez fue censurada en Barcelona. No hace muchos años el mundo del arte presencié la cruzada contra Robert Mapplethorpe. La obra *Piss Christ* de Andrés Serrano fue censurada en el Centro de Arte Polaco en Varsovia. La obra *Lego Auschwitz* no se pudo presentar en el Pabellón Polaco en la Bienal de Venecia de 1997. Zofia Kukik, otra artista polaca, fue censurada por el director de un museo en Poznan, Polonia por ampliar las partes nobles masculinas de algunas esculturas de la antigüedad en sus obras fotográficas. Nadie puede imaginar que algunas obras de Shirin Neshat se expongan en su natal Irán o que algunos performances de artistas chinos se presenten en China. No hace mucho enseñé un catálogo de arte chino a un funcionario de la Embajada china. Viendo la fotografía de un desnudo femenino dijo: “Debe ser una japonesa.” Si transformamos la frase de J.P. Sartre podríamos decir “El infierno está en otro lado”. De todos modos, el funcionario chino no asistió a la inauguración de la exposición.

“El infierno está en otro lado”. Todo el mundo está consciente de la existencia de las masacres, pero cuando Katarzyna Kozyra mostró un registro videográfico en el que mataban y disecaban un caballo, un grupo ecologista la acusó de crueldad contra los animales. Todo el mundo esté consciente de la existencia de minusválidos, pero algunos consideran cruel que los artistas (como Kozyra, Althamer y otros) muestren cuerpos incompletos, desnudos en fotos a color. Podemos citar muchos ejemplos de casos similares. Poco a poco los artistas (y los curadores que trabajan con ellos) se están convirtiendo en los peores enemigos de la humanidad. Son los únicos que deben ser castigados por lo que hacen. El resto es silencio.